

Etnografía de un barrio obrero: La Fama, Tlalpan**

Tal vez hablar de la etnografía de un barrio obrero sea un tanto impreciso. La Fama fue un barrio obrero, ahora ya no lo es. A escasas dos cuadras de Insurgentes Sur, pasando el Bosque de Tlalpan y la avenida San Fernando, se encuentra éste, uno de los once barrios que conforman a la sureña Delegación de Tlalpan.

Articulado al nacimiento de la fábrica de hilados y tejidos La Fama Montañesa en 1831, compartió las vicisitudes de la empresa por más de un siglo, hasta su cierre en 1998. La fábrica se constituyó durante todo ese tiempo en el eje de la vida barrial y en su referente fundamental, de tal suerte que aún hoy, cuando ya no hay fábrica, la memoria se ancla en ella y en su historia.¹

El cierre significó la transformación radical del espacio y de la vida barriales, pero siendo justos, este cambio se inició varias décadas antes, cuando la industrial textil del país cayó en franca decadencia ante las nuevas formas de competencia internacional, la aparición de fibras sintéticas y el retraso tecnológico y productivo del ramo. Asimismo el paso de la urbanización, que tardíamente se inicia en el sur de la ciudad —hacia la década de los cuarenta—, trajo modificaciones importantes en el paisaje urbano barrial, incorporándolo a la dinámica de la ciudad de manera intensa, pero provocando el desdibujamiento de sus fronteras originales.

En muchos sentidos, para un observador externo, hoy el barrio es una suerte de “ficción”, sólo visible y significativa para los que en él habitan. Frecuentemente en la Delegación se escucha hablar de él, aparece en los mapas, muchos conocen su historia, pero cuando se adentran en él, no se puede distinguir de cualquier colonia circundante. Atravesado por grandes avenidas como Insurgentes y Ayuntamiento, densamente poblado, con un tráfico intenso y la aparición continua de nuevas ofertas comercia-

* Departamento de Antropología, UAM-Iztapalapa.

** Este artículo forma parte de una investigación más amplia financiada por el Conacyt.

¹ Esto es entendible si pensamos que tan sólo han pasado ocho años desde su cierre, frente a más de siglo y medio de vida en torno a ella.





Fábrica La Fama Montañesa en 1916 (Colectivo Fuentes Brotantes; proporcionada por Mario Camarena Ocampo).

les, habitacionales y de servicios, sus habitantes parecen ser lo únicos en ubicar sus fronteras. Y hasta en eso encontramos discrepancias: mientras que para los habitantes el barrio llega “hasta donde llegaban las casas de los trabajadores” —lo cual implica que incluye el espacio conocido como las Camisetas—, para la Delegación es el pequeño espacio, casi triangular, comprendido entre la avenida Ayuntamiento, Insurgentes y la colindancia con la barranca que limita el Parque Nacional de Fuentes Brotantes. Las Camisetas se reconoce, en este esquema, como un barrio diferente. ¿Por qué esta confusión en sus límites territoriales? Porque para comprender los límites de este pequeño barrio y la dinámica de su vida es necesario adentrarse en la compleja relación fabril desarrollada durante el siglo XIX y el conjunto de transformaciones sufridas durante el siglo XX.

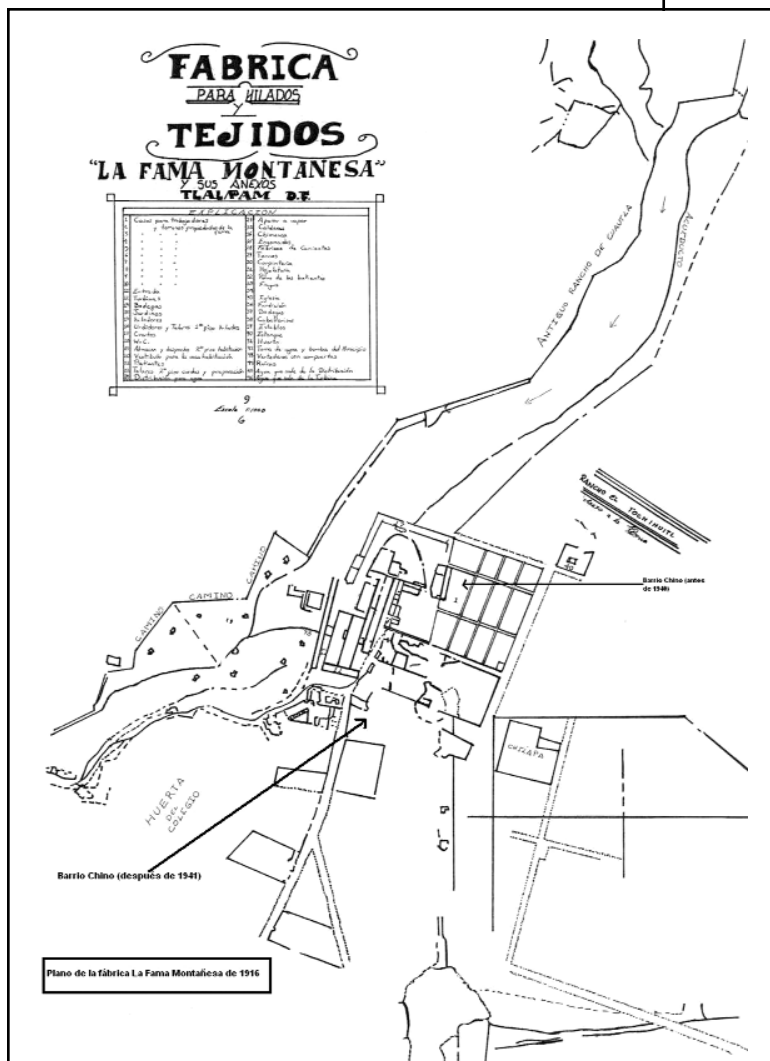
La fábrica y su plazuela continúan siendo el centro del la vida barrial. La plazuela, ubicada al frente de lo que era la fábrica de hilados y tejidos La Fama Montañesa, hoy ya no tiene prácticamente ningún marcaje que así lo indique: es una calle pavimentada, llamada la Fama, que perpendicular al Ayuntamiento se ensancha al pasar al frente del casco de la fábrica y a la nueva iglesia barrial, construida en los años sesentas, que conme-

mora a la Virgen de la Concepción, patrona del barrio y de la fábrica.

Sin un quiosco —pues el que antes existía es ahora una cocina económica— ni una fuente, ni árboles o mojoneras que denoten su importancia, la plazuela es centro sólo para los que la conocieron antaño, pues el paso continuo de automóviles y camiones la hace un lugar poco atractivo para ser usado como se utilizaban este tipo de plazas: para conversar, jugar, bailar, encontrarse, escuchar música, etcétera. Sin embargo, la carencia de señalamientos no le impiden continuar siendo un



La plazuela en la actualidad (foto: María Ana Portal).



Plano de la fábrica La Fama Montañesa (1916), que comprende la unidad de producción, casas, iglesia y tienda del Colectivo Fuentes Brotantes (proporcionado por Mario Camarena Ocampo).

referente fundamental para sus habitantes, ya que todos sus recuerdos —personales y colectivos— se entrelazan desde allí: las bodas y bautizos, los bailes y el basquetbol, la música y la infancia, las huelgas y los conflictos, todo transcurre en ese lugar, y junto con el Parque Fuentes Brotantes se constituyen en ejes fundamentales de la vida cotidiana.

El proceso de desdibujamiento de las fronteras y la pérdida de los referentes básicos parecen constituirse en una consecuencia general de desarrollo de la Ciudad de México, siendo que la mayoría de los barrios en el D.F. están en condiciones similares.² ¿Es posible enton-

² Desde luego, los barrios de Tlalpam no escapan de esta dinámica urbana y sufren continuamente transformaciones en este sentido.

ces seguir hablando de barrios o estamos frente a la disolución de una antigua forma territorial y social que ha desaparecido como tal y que tiende a homogenizarse a partir del concepto de colonia urbana? Aparentemente esta hipótesis podría parecer acertada, sin embargo, se requiere de una observación más detenida para encontrar que si bien la tendencia general nos hace suponer un proceso de “colonización” de los antiguos barrios urbanos, a su interior se gestan importantes procesos locales de distinción anclados a la historia y a la memoria.

Tal vez podríamos afirmar que la diferencia entre un barrio y una colonia urbana está justamente en este reconocimiento de la historia local y su resignificación actual, es decir, en los procesos de construcción de memoria colectiva, proceso ausente generalmente en las colonias de la ciudad.

En esta construcción de memoria encuentro tres ámbitos fundamentales: el territorio, el parentesco y las relaciones de poder en los que ambos se encuentran insertos. También los aspectos religiosos tienen un papel relevante en la construcción identitaria barrial; sin embargo, a diferencia de los pueblos urbanos, en donde el santo juega un papel central, en los barrios la organización social no está anclada necesariamente a lo religioso.

De los elementos antes señalados desarrollaré dos de ellos: el territorio y el parentesco, por considerar que son los que otorgan al barrio sus rasgos distintivos, su particularidad como espacio urbano frente a las colonias y a los pueblos urbanos.

El territorio³ aparece como uno de los ámbitos centrales del arraigo identitario; no es sólo una determi-

³ Una de las definiciones más claras sobre este tópico es la propuesta por Gilberto Giménez, cuando nos plantea que el territorio es “el espacio apropiado y valorizado —simbólica e instrumentalmente— por los grupos humanos [...] El espacio —entendido aquí como una combinación de dimensiones [...] incluidos los contenidos que las generan y organizan a partir de un punto imaginario”. Para él, el espacio sería la materia prima del territorio, la realidad material preexistente a toda práctica y a todo conocimiento; una suerte de “prisión originaria”. El territorio es “el resultado

nante geográfica para los habitantes del barrio, es fundamentalmente una construcción histórica y una práctica cultural significativa,⁴ que se arraiga a la memoria a partir de sucesos articulados a afectos y experiencias individuales. Esto nos permite pensar que el espacio — visto desde la antropología— se refiere fundamentalmente al contenido simbólico que los grupos sociales le asignan, pero también a las prácticas que sobre él y en él desarrollan. El espacio se debe recuperar no sólo en la dimensión física, sino también en la dimensión simbólica de su historia. Una sin la otra no tiene sentido.

Un segundo ámbito fundamental está en las relaciones sociales y de parentesco que se establecen en los barrios. Un barrio no puede comprenderse sin profundizar en las redes de relaciones que en él se establecen y cuyo punto de partida es el parentesco.

El territorio barrial

Parto de la idea de que para analizar el territorio es necesario:

- Entenderlo como un espacio significado.
- Analizarlo a partir de sus especificaciones socio-culturales, lo cual permitirá comprender los elementos identitarios que entran en juego en cada caso particular.
- Determinar las transformaciones que sufre en el tiempo, lo cual favorece comprenderlo más como un proceso en movimiento que como algo estático, e inamovible.
- Ubicarlo dentro de relaciones de poder específicas.
- Ubicarlo no como un coto cerrado, sino en relación a contextos más amplios.

de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo”, una “producción” a partir del espacio inscrita en el campo del poder por las relaciones que pone en juego; y en cuanto tal se caracterizaría por su “valor de cambio” (Giménez, 2000: 22).

⁴ Cuando hablo de práctica cultural no estoy hablando en el sentido metafórico del término, sino en el sentido de la construcción de una territorialidad que se efectúa a partir de la apropiación simbólica y física de un territorio, constituyéndolo en un espacio cultural.

El territorio del barrio de La Fama se construyó a lo largo de más de un siglo. Lo cual implica que más que algo dado de una vez y para siempre, involucró un proceso, en donde debido a las condiciones políticas y económicas locales, nacionales e internacionales, fue adquiriendo un carácter particular en los distintos momentos históricos por los que ha atravesado su historia.

Como marca original, el espacio barrial se constituyó articulado a la fábrica que fue la primera que se fundó en el valle de México en el casco de un molino de trigo que pertenecía a la hacienda del Arenal. Esta fábrica era entonces parte de la hacienda y se encontraba rodeada por pueblos campesinos, y a menos de un kilómetro de distancia del pueblo de Tlalpam⁵ que estaba formado por distintos barrios, siendo los más cercanos el del Calvario y el de Chilapa.

El entonces municipio de Tlalpam, por su ubicación geográfica y por los recursos naturales con los que contaba —principalmente el agua— representó, muy tempranamente, un ámbito de desarrollo industrial, en donde se instalaron, además de dos fábricas de hilados, una de pólvora y una importante factoría de papel —Peña Pobre—, que luego se fusionó con Loreto. La mano de obra que requería, la encontraban entre los campesinos locales, que pronto aprendieron a ser “obreros” sin dejar del todo sus actividades agrarias.

Frente a la fábrica, estaba la plazuela que representó el lugar de reunión por excelencia y el acceso único a la fábrica. En ella se albergaban unos portales que servían para bailes y para escuchar música los domingos; la primera escuela —la Rey Cuauhtémoc— a la que asistían todos los niños del barrio, y un terraplén que se usaba para diversas actividades, sobre todo deportivas y sindicales. Narran los viejos obreros que había también una fuente, con una cabeza de león, cercana al muro principal de la fachada.

Evidentemente por esta plaza sólo transitaban peatones y, ya entrado el siglo XX, los camiones que cargaban y descargaban materiales y productos. No había transporte colectivo, ni luz eléctrica, ni agua potable en

⁵ Hasta 1963, todavía oficialmente era conocido como Tlalpam, vocablo que después se modificó a Tlalpan, como lo conocemos en la actualidad.



las casas. Las ofertas comerciales locales eran escasas y se acudía a los mercados cercanos y en algunos casos se tenían que ir hasta el antiguo mercado de la Merced, lo cual les llevaba varias horas.

La ciudad era vista como algo ajeno y frecuentemente todavía queda la costumbre de decir “voy a la ciudad”.

Con el tiempo, la plazuela se consolidó como un espacio fundamental en donde se forjaban relaciones sociales y afectivas y donde se dirimían los conflictos laborales. Al respecto Tranquilino Sandoval recuerda:

...el señor este era un español y le pegó a un trabajador. Estábamos inconformes. Allí mismo en la plazuela ya habíamos hablado de las reglas para los trabajadores, pero ese señor era un señor grande. Ya estábamos listos para entrar; la plazuela estaba así llena de obreros. Éramos 500 trabajadores en la mañana. Silbaba la fábrica para entrar pero no entramos, rápido se corrió la voz de que no íbamos a entrar porque íbamos a defender al compañero.⁶

El espacio como lugar practicado e históricamente definido se constituye en un ámbito donde es posible leer las dinámicas sociales, sus conflictos y sus transformaciones. Así, en las primeras décadas del siglo XX se observa un interesante proceso de “debilitamiento” de la empresa —por motivos políticos, tecnológicos, económicos, etcétera— que se manifiesta espacialmente con la salida del ámbito fabril de aquellos elementos vitales para el barrio en su conjunto que, durante el siglo XIX y parte del XX, permanecían en su interior: por ejemplo, al interior de los muros de la fábrica se encontraba la capilla a la Virgen de la Concepción, las huertas y un conjunto de viviendas de trabajadores conocido como el barrio Chino, en donde habitaban los más pobres. Paulatinamente el barrio Chino fue ubicado afuera de los muros de la fábrica;⁷ las huertas se eliminaron y se construyó una nueva iglesia en la plazuela, financiada ahora por el sindicato.

⁶ Fragmento de entrevista realizada por María Ana Portal, en junio del 2002, a Tranquilino Sandoval, ex obrero textil de 76 años.

⁷ Este barrio todavía existe en la actualidad, en el área que va de la fábrica hacia Insurgentes, por la calle de Trabajo.

Este proceso coincide con el fortalecimiento, a nivel nacional, de las centrales obreras. En el caso de la industria textil, fue la CROM la que mantuvo su hegemonía frente a la CTM. Asuntos como la salud, la seguridad en el trabajo, la contratación de obreros y su capacitación, la educación de sus hijos, la distribución de viviendas y servicios básicos, entre otros, también pasaron de ser responsabilidad de los dueños de la fábrica, a los representantes sindicales.



La parroquia de La Fama (foto: María Ana Portal).

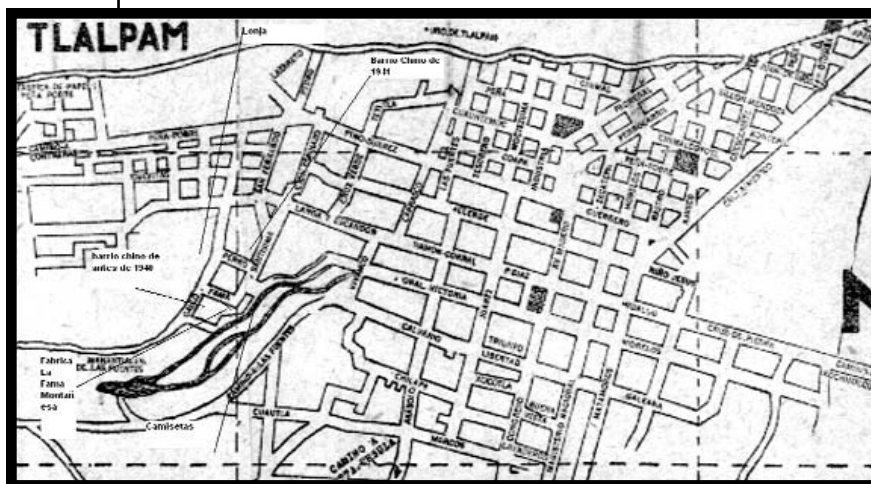
La plaza adquirió entonces una nueva fisonomía y un nuevo significado. En ella estaba —además de la fábrica y la nueva iglesia— el local sindical. Se mantuvieron los portales como lugar de reunión de los trabajadores y sus familias para escuchar música y bailar; lo mismo sucedió con las porterías móviles para jugar fútbol, los aros para el basquetbol y dos tomas de agua que antaño suplían la carencia del servicio en los domicilios. En esta transformación el espacio empieza a adquirir la denominación de público en la medida en que la empresa perdía hegemonía sobre de él,⁸ y el sindicato comenzaba a ganar presencia y poder al interior del barrio, no sólo en el ámbito laboral sino en la vida misma de los trabajadores. Por ejemplo, resulta significativo que la iglesia nueva fuera construida por el sindicato y no por la fábrica, como la capilla anterior. Lo mismo

⁸ Cabe señalar que anteriormente no tenía el carácter de “público”, pues era parte de la fábrica y en ese sentido se consideraba un espacio colectivo para el uso de los trabajadores.

sucedió con la escuela: la Rey Cuauhtémoc estaba a cargo de la empresa, y cuando su deterioro puso en riesgo a los niños, el sindicato propuso la creación de una nueva escuela. Ésta se construyó en terrenos del Parque Nacional Fuentes Brotantes, con un nuevo nombre —José Azueta— y a cargo de la Secretaría de Educación Pública, adquiriendo un carácter totalmente nuevo.

Poco a poco la vida barrial, determinada por una lógica fabril todavía yuxtapuesta con formas hacendarias de producción, fue cediendo el paso a una vida barrial determinada por las estructuras corporativas sindicales. En ese momento ya no era suficiente ser obrero para pertenecer al barrio; se tenía que ser obrero sindicalizado y afiliado a la CROM. El uso del espacio estaba determinado por ello. Ejemplo de esta determinación fue la huelga de 1939, en la cual, después de tres años de conflicto, el barrio como colectividad quedó dividido y fragmentado. Parte del conflicto⁹ se relacionó con la titularidad del contrato colectivo, originalmente en manos de la CROM, pero que la CTM buscaba obtener. Los que apoyaron a la CROM fueron llamados “leales”, mientras que los que apuntaban a la CTM se conocieron como “chaqueteros”. Al final del conflicto los leales triunfaron sobre los chaqueteros, en un proceso de desgaste, de exilio para algunos, de marginación y hasta de muerte. Esta escisión tuvo consecuencias directas en el territorio, ya que por ejemplo, las viviendas que se ganaron a la empresa, fue el sindicato el que las repartió, dejando fuera de este reparto a los perdedores cetemistas. Desde luego, hubo despidos “políticos” y muchos tuvieron que trabajar en otras fábricas de otros ramos, porque el poder cromista no se limitaba a una fábrica particular. En la actualidad, tres generaciones después, cuando ya no hay fábrica, ni sindicato, ni obreros,

⁹ Ello representó sólo una parte del conflicto, ya que éste tenía aristas diversas: el cierre y liquidación ilegales de la empresa por los usufructuarios de la misma (ya que en 1925, al morir la dueña intestada, la empresa fue concesionada a otros empresarios, en lo que el conflicto legal se resolvía), aumentos salariales, prestaciones, y algunos otros motivos que permanecen oscuros hasta ahora y que se relacionan con las cuotas de poder de la clase gobernante de esa época.



Originalmente los obreros vivían en el llamado Barrio Chino, a un costado de la fábrica, en terrenos propiedad de ésta, en los que actualmente se localiza la Comercial Mexicana. El espacio que ocuparon después los trabajadores mantuvo el nombre de Barrio Chino (proporcionado por Mario Camarena Ocampo).

mantienen esa denominación: las familias siguen definidas por ese evento, a pesar de que ya ninguno de sus miembros jóvenes haya sido obrero.

Asimismo, ante el despido de los chaqueteros, llegaron obreros de otros lugares para suplirlos, generándose una suerte de “apertura forzada” de las fronteras barriales

Articulado a la plazuela, estaba —como se mencionó antes— el Parque Fuentes Brotantes, que hasta 1936 —fecha en que fue expropiado y declarado Parque Nacional— pertenecía a la fábrica.

La vinculación no estaba dada sólo por la proximidad física del lugar, ya que tanto la fábrica como el barrio ocupan una de las laderas de la cañada que constituye al parque, sino porque era parte de la vida cotidiana del barrio. Allí las mujeres lavaban la ropa en los ríos que emanaban del manantial, los niños salían a jugar, los novios se cobijaban en sus rincones, se celebraban fiestas y se paseaba los domingos. Sofía Rojas recuerda nostálgica:

...¡cómo disfrutábamos de lavar eh! Venía el agua con tanta fuerza, que echábamos las sábanas o lo que laváramos así ¡¡¡, y como que el agua se la llevaba y ya nomás las jalábamos, como mi papá nos traía piedras de cantera, pues nuestros lavaderos eran bien grandotes; no, ¡disfrutábamos mucho de estar viviendo ahí junto al agua!¹⁰

¹⁰ Habitante del barrio, nativa de 71 años. Entrevista realizada por Mario Camarena.



Las transformaciones espaciales que se observan en el barrio las podemos sintetizar en los siguientes puntos:

- Se pasó de un espacio privado —propiedad de la fábrica— a uno público de tipo corporativo porque el sindicato pasó a controlar el territorio (calles, casas y espacio público). Con el cierre de la fábrica y la desaparición del sindicato en el barrio, el espacio corporativo adquirió un carácter de espacio cívico, a cargo de la Delegación, hacia fines del siglo XX.

- El uso del espacio se modificó: pasó de un espacio de tránsito peatonal a un prioritariamente vehicular. Esto debido al modelo de desarrollo urbano por el cual se optó a nivel nacional. Evidentemente este modelo impactó al barrio y sus alrededores de manera significativa, tanto en el paisaje como en la vida cotidiana y en los usos y significaciones del espacio. Por ejemplo, el cederle la prioridad a los automóviles hizo que la vida social —que antaño se desarrollaba en la calle— se metiera a las casas. Los niños no pueden fácilmente jugar en las calles por el peligro que corren, los bailes se dejaron de hacer en la plazuela, la llegada de nuevos habitantes generó desconfianza y las puertas y ventanas se cerraron, levantándose las bardas y muros, etcétera.

- Espacios públicos como la iglesia y la escuela salieron del ámbito de la fábrica y las asumió el sindicato, para luego cederse a instituciones no relacionadas con el sindicato en donde el Estado y la Iglesia mantuvieron su hegemonía rectora.

- El barrio creció a partir de tres movimientos: su expansión hacia la colonia Miguel Hidalgo, la invasión a Fuentes Brotantes y la ampliación de la vivienda “hacia arriba”.

Esta transformación territorial ha provocado una rápida y profunda modificación del paisaje urbano, en donde el pavimento y el concreto moldean no sólo las calles sino las vidas de las personas.

El parentesco

Las relaciones de parentesco han constituido la forma organizativa más importante de la vida barrial. El acceso al trabajo, a la vivienda y a los servicios estuvo mediado por ello. Durante toda la vida de la fábrica, para obtener un empleo, era necesario contar con algún pariente o

amigo que le enseñara el oficio al aspirante y lo recomendará. Nadie se convertía en obrero textil por sí solo.

La organización fabril, que ya para mediados de los años cincuenta incorporaba a un significativo número de mujeres, se montó sobre las tradicionales formas de familia extensa tan común en el medio rural. De tal suerte que para que una mujer pudiese incorporarse al mundo laboral, se requería de un apoyo familiar amplio para el cuidado de la casa y los niños. Era frecuente —y todavía lo es— encontrar que en un mismo predio o en una misma casa vivieran varias familias nucleares emparentadas, en donde siempre había una mujer cuyo papel era el de cuidar al resto de los miembros.

Las alianzas entre familias fueron y son en la actualidad redes operativas que garantizan a los sujetos un lugar en su colectividad.

Estas redes tienen un anclaje en el territorio: cada familia ocupa un lugar específico en él. Ese lugar tiene que ver con su posición frente a la fábrica y al sindicato: los leales que recibieron terrenos y casas, los chaqueteros que en muchos casos no fueron tomados en cuenta para el reparto, salvo algunas excepciones que se enfrentaron a complejas negociaciones con las autoridades sindicales y donde los compadrazgos y recomendaciones fueron mediaciones que evitaron despojos y desalojos. Pero también hay avecindados. Con frecuencia hay invasiones de predios en las laderas de la barranca de Fuentes Brotantes. La permisividad en torno a esas invasiones tiene que ver con la relación del invasor con los habitantes del barrio. Si una persona desconocida ocupa un predio de manera ilegal, pronto es denunciado o desalojado por los propios habitantes; sin embargo, si esa persona es pariente de alguien del barrio, se hacen de la “vista gorda” y permiten la ocupación. De allí se explica que de las 122 ha originales del Parque Fuentes Brotantes, sólo se conservan veintidós.

En ese sentido, los sujetos del barrio son en tanto sus familias. Desde allí se construyen las redes de compadrazgo, solidaridad y las alianzas matrimoniales, y se dirimen los conflictos.

Llama la atención que continuamente los entrevistados cuentan que el barrio era un espacio muy cerrado; cuando entraban muchachos de otros barrios a cortejar a las muchachas de allí, siempre salían golpeados,

porque “las mujeres del barrio son para los del barrio”. Pero en la medida en que las fronteras se disuelven, las condiciones laborales obligan a muchos a salir cotidianamente a trabajos fuera de la zona y a diversificar los tipos de empleos, difícilmente se puede mantener esta relación aparentemente endogámica a la que aducen los entrevistados.

Al parecer estamos frente a un proceso paradójico: por un lado, el barrio se abre ante la ciudad en la medida en que el sustento y la actividad laboral ya no se circunscriben a sus límites; sin embargo, al igual que en el resto de la ciudad, esta apertura tiene un efecto de cierre hacia el ámbito del hogar. La vida social que antes se desarrollaba en el espacio público entra a la casa, supliendo la carencia de espacios seguros y agradables en donde desarrollar las diversas formas de interacción social. Ello genera un proceso de “familiarización” de las relaciones. Es decir, las redes parecen centrarse en los parientes biológicos y se empobrecen las relaciones más amplias.

En este contexto se comienzan a observar cambios interesantes. Por ejemplo, la vida social, al irse encerrando al interior de las casas, ha provocado que instituciones como el compadrazgo se vaya perdiendo o se quede dentro del ámbito de la familia. La señora Marta Espinosa, originaria de La Fama, nos comentaba que ahora es difícil elegir a los compadres porque una ya no conoce a todos los del barrio y no se sabe si las personas son buenas o no (es decir si toman alcohol, si son irresponsables, si son violentas, etcétera). Este conocimiento del “otro” generalmente se lograba en los espacios públicos y desde allí se generaban las imágenes de lo “bueno” y lo “malo” en un grupo social. Los compadres ahora se empiezan a elegir al interior del núcleo familiar básico, perdiéndose con ello la valiosa red familiar ampliada.

Finalmente, el cierre de la fábrica y las transformaciones gestadas por la urbanización implicaron



modificaciones en el ámbito de las relaciones de poder. Al desaparecer la fábrica y el sindicato como ejes rectores concretos, se perdieron importantes anclajes sociales, generándose una suerte de atomización de la actividad laboral y de las normativas aceptadas y consensuadas.

En este momento el barrio se juega en una suerte de tensión entre el gobierno delegacional, las necesidades de las nuevas colonias y unidades habitacionales circunvecinas, las fraccionadoras urbanas, y los poderosos intereses de empresas como la Comercial

Mexicana, que marcan un complejo juego político por la apropiación y el uso del espacio público de la zona, en donde el casco de la antigua fábrica, el uso y mantenimiento del Parque Fuentes Brotantes, así como el derecho de tránsito por las calles del barrio generan continuos conflictos sociales.

En este sentido, la conservación de la memoria local se constituye en uno de los espacios privilegiados de la conservación de lo barrial.

BIBLIOGRAFÍA

- García Canclini, Néstor, “Público-privado: la ciudad desdibujada”, en *Revista Alteridades*, núm. 11, México, Departamento de Antropología, UAM-I, 1996, pp. 5-10.
- Giménez, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades”, en Rocío Rosales Ortega (coord.), *Globalización y regiones en México*, México, Programa Universitario de Estudios sobre la ciudad, UNAM/ Porrúa, 2000.
- Gobierno de la Ciudad de México, *Tlalpan, monografía*, México, DDF, 1996.
- Halbwach, Maurice, “Fragmentos de la memoria colectiva”, selecc. y trad. de Miguel Ángel Aguilar, *Revista de Cultura Psicológica*, vol I, núm. 1, México, Facultad de Psicología de la UNAM, 1992.
- Radkua, Verena, *La Fama y la vida. Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS/SEP, 1984.
- Silva, Armando, *Imaginario urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992.